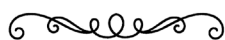


NIEVES  
CONCOSTRINA



ACONTECE  
QUE NO ES POCO

# Índice

1. Pío XII o la peste del olor de santidad .....	15
2. Cayo Julio, el pértur .....	21
3. Doble llave al sepulcro del Cid .....	28
4. El asesinato de Inés de Castro .....	40
5. Tres tristes Trastámaras tras el trono .....	44
6. El germen de la revuelta comunera .....	56
7. Paco Pizarro y Paco Atahualpa .....	62
8. Servet contra el tres en uno .....	70
9. Cardenales-infantes: chanchullos católico-monárquicos .....	75
10. La rendición de Breda .....	89
11. <i>The Spanish match</i> : dos gilipollas en apuros .....	94
12. El primer gran cebollón inglés (no fue en Magaluf) .....	104
13. Felipe V, un batracio en el trono .....	107
14. El plan español para extinguir a los gitanos .....	116
15. El suicidio del chef Vatel .....	125
16. Cabrera, el primer campo de concentración .....	129

17. El orinal de plata de su majestad José I .....	133
18. Cortes de Cádiz: mujeres, no .....	141
19. El Manifiesto de los Persas .....	144
20. Marijose, tercera esposa del mastuerzo .....	148
21. Sor Patrocinio, la farsante mayor del reino .....	153
22. Maximiliano de México .....	158
23. Leopoldo II, el rey carnicero de los belgas .....	172
24. El penúltimo samurái .....	185
25. El «incendio» que destruyó el Museo del Prado .....	193
26. Oscar Wilde y Alan Turing, genios y víctimas .....	197
27. ¡Que le quiten el Nobel a Echegaray! .....	213
28. El duelo del marqués de Pickman .....	217
29. La mandanga del espiritismo .....	227
30. Picasso, artista y perista .....	238
31. El mito-timo fundacional de Israel .....	243
32. De constantinopolitanos a estambulitas .....	259
33. La cruzada del hechicero jefe contra el cine .....	262
34. El genocidio de emúes .....	267
35. Invasión de vírgenes .....	270
36. La masacre en la carretera Málaga-Almería .....	282
37. Las dos bodas de Miguel Hernández .....	292
38. Franco y los obispos a dedo .....	303
39. Elvis y su pelvis saltan a la fama .....	308
40. Onassis y Jackie, la boda insoportable .....	311
41. El caso Watergate y Eme Punto Rajoy .....	316
42. El <i>seppuku</i> de Mishima .....	320
43. Picasso, el postureo de un muerto con capa .....	324
44. Un papa infartado y una beatificación de infarto .....	333
45. La transición, ese lobo con piel de cordero .....	337
46. La farsa del Rocío: otra verdad censurada .....	342

47. La «cacicada» extremeña de Rodríguez Ibarra y un asesinato en Andalucía .....	350
48. La milonga del Toisón de Oro .....	361
49. Las reliquias están de capa caída .....	366
50. El abandono del Negro de Banyoles .....	371
51. Ucrania, el conflicto de nunca acabar .....	377
52. Los papas ya no se mueren como dios manda .....	384
<i>Bibliografía y fuentes consultadas</i> .....	391

# 1

## Pío XII o la peste del olor de santidad

El 11 de octubre de 1958 hacía dos días que el papa Pío XII había muerto en el palacio apostólico de Castel Gandolfo, ese austero casoplón a unos kilómetros al sur de Roma con vistas al lago Albano que los pontífices usan para su asueto o disfrute, según se mire. A Pío XII se lo llevó por delante un infarto que unos achacan al exceso de trabajo y otros más fantasiosos, que confunden el deseo con la realidad, lo atribuyen a que lo castigó su dios por haber ayudado a los nazis a cazar judíos. Ni caso. Las dos cosas son mentira. Lo del trabajo y lo de dios.

Mucho tardó en morirse para lo bicho que era, porque su cercanía a Hitler y su negativa a ayudar a judíos y católicos que le pedían ayuda para escapar del exterminio están más que demostradas, aunque los fans de la multinacional y la mayoría de sus jefes hayan venido negándolo. Ya han tenido que cerrar el pico ante pruebas tan contundentes como los documentos desclasificados en 2020,

entre los que se encontraban dos mil setecientas peticiones de ayuda, de entre 1939 y 1948, de familias y grupos judíos, y la carta hallada en septiembre de 2023 por un archivero vaticano en la que un cura alemán informaba a Pío XII de que seis mil personas eran asesinadas diariamente en los «hornos de las SS» del campo de Belzec. Una carta, fechada en diciembre de 1942, en la que también se hacía referencia a los campos de exterminio de Auschwitz y Dachau.

Ahí lo tienen, el representante de dios en la tierra, otra vez del lado de los verdugos antes de las víctimas. No se necesitan más pruebas para confirmar que dios no existe y que el Vaticano solo es un distrito financiero.

Cuando Pío XII cascó, se procedió a su embalsamamiento porque le esperaban varios días de funerales con la exposición del cadáver. Se percataron de que algo había salido mal durante el traslado del cuerpo de Castel Gandolfo a Roma. La descomposición del cadáver se había acelerado de forma extraordinaria y el papa, literalmente, explotó. Dónde se ha visto, por dios y por la virgen, que un papa explote. Pues Pío XII explotó, y aunque lo suyo hubiera sido que el papa fuera trasladado hasta el Vaticano en olor de santidad, todo salió mal. La madre que parió al papa, cómo apestaba.

Cuando un papa se muere o se lo cargan ya sabemos que enseguida ponen a otro. Sí, vale, pero pasan más cosas, porque tienen que cumplir con unos protocolos tan cómicos como absurdos. El primer paso es el embalsamamiento para dejarlo mono, con buen cutis, y para que aguante sin oler unos ocho o nueve días. Luego, cada uno de los papas se ocupa de dejar instrucciones de cómo quiere su parafernalia funeraria y el tiempo que lo pueden tener de exposición antes de enterrarlo. Con el papa nazi Pío XII ocurrió que al embalsamador, que también fue su médico personal, le salió la vena crea-

tiva y quiso emplear un nuevo método de embalsamamiento que, según él, iba a dejar al pontífice niquelado.

En lugar de extraer los fluidos corporales y mantener el cuerpo en frío, el médico Riccardo Galeazzi-Lisi envolvió al papa en plástico, en una especie de celofán, después de embadurnarlo con especias y con hierbas aromáticas, como cuando pones a macerar un pollo para que pille sabor. Y el papa se maceró, sí, pero malamente.

La fórmula empleada por el médico chapucero aceleró la putrefacción en lugar de frenarla, y Pío XII comenzó a descomponerse a toda velocidad. Nunca se había visto a un papa pudrirse con tanta prisa, y lo hacía en las mismas narices de los que ya estaban imaginándose el desastre que se avecinaba.

El pecho papal explotó por la acumulación de gases, algún dedo se le desprendió y también se le descuajaringó la nariz. El cuerpo empezó a ponerse verde negruzco o negro verdoso, según se mire, y a los guardias suizos que custodiaban el cuerpo, tanto en el traslado desde Castel Gandolfo a Roma como en la exposición en San Pedro del Vaticano, tenían que relevarlos cada diez o quince minutos porque caían desmayados. Atufados por la peste.

Aquello fue asqueroso, y todo porque el inepto del médico y uno de sus colegas decidieron emplear la técnica embalsamadora que, se creían ellos, se usó con Jesucristo. Claro, esto tenía un error de base gravísimo: que es mentira; que lo del embalsamamiento es un invento bíblico que dice que José de Arimatea y Nicodemo prepararon el cadáver con mirra, áloe y aceite de nardo para que el crucificado olierá bien cuando resucitara, pero eso fue solo un recurso literario de la novela. No ocurrió.

Cómo sería de desastroso el embalsamamiento del papa nazi Pío XII, que Juan XXIII, que fue testigo directo de la corrupción y de los vapores mareantes de su antecesor, antes de morirse dejó ele-

gido a su propio embalsamador. A mí no me pilláis, dijo él, yo no estoy dispuesto a explotar.

Sirva este preámbulo maloliente sobre el papa nazi como la prueba de que un pontífice, por muy sumo que sea, cuando se muere, apesta tanto o más que un ateo, porque de lo que se trata a continuación es de pasar de lo concreto a lo general.

Dice el diccionario que «en olor de santidad» es una locución adverbial que significa que la persona a la que se lo apliquemos tiene «fama y reputación». Esta expresión ha derivado de una milonga cristiana con la que engañaban antiguamente a los más incautos cuando les decían que al desenterrar a tal o cual cura, papa, madre superiora, obispo, monja o cardenal, sus restos desprendían un agradable olor, señal inequívoca de su santidad. Es decir, como la intención al desenterrarlos ya era convertirlos en beatos o santas, siempre había alguien cerca que decía: «¡Milagro, milagro! ¡Huele a rosas! ¡Qué fragancia a rosas pese a estar muertos!». Mentira. Olía que apestaba si lo habían exhumado antes de lo aconsejable o no olía a nada si ya estaba en los huesos, pero los más ignorantes se tragaban el bulo, que era lo importante.

Estos olores perfumados que supuestamente emanan de cadáveres exhumados y de huesos de muertos (llamados reliquias por los que viven del negocio) tienen la función, dicen los milongueros, de anunciar «alegrías celestiales», y añaden sin ápice de rubor que estas fragancias no tienen explicación para la ciencia, como si la ciencia hubiera perdido un solo segundo en averiguar si semejante patraña tiene explicación.

Pongamos como ejemplo práctico el que se dio con Torquemada, el perturbado fraile inquisidor que asesinaba a destajo a todo aquel sospechoso de no ser cristiano. Cien años después de haber sido enterrado en un convento de Ávila, lo sacaron para reutilizar la



tumba y meter a un colega de mayor rango, el obispo de Salamanca, Francisco de Soto y Salazar. Ocurrió que un fabulador, con la pluma en una mano y el cubata en la otra, dejó escrito que cuando Torquemada estaba siendo exhumado, «se expandió un sobrenatural aroma de deliciosa dulzura que causó gran confusión». Algún otro coguionista añadió que «una fragancia embriagadora» inundó el convento. ¿Fragancia embriagadora? Y un mojón; él sí que estaba embriagado en su sentido más estricto; pedo perdido.

En resumen, que esto de las fragancias era un truco muy extendido cada vez que se desenterraba a algún cura o monja para añadir méritos al muerto y conseguir así una entrada rápida en el santoral. Coló con muchos, pero no con Torquemada. No le hubieran hecho santo ni oliendo a Dolce & Gabbana. Antes me declaran a mí virgen y mártir que a Torquemada santo.

A estos muertos que emanan fragancias conocidas como «olor de santidad» la Iglesia los denomina «santos miroblitas», y tiene reconocidos alrededor de quinientos casos. Sería cómico si no fuera un fraude moral para alimentar la estafa económica.

Hace ya muchos, muchísimos años que ya no se atreven a montar estos teatrillos de que si tal o cual papa o monja muertos huelen bien, porque ya nadie se lo traga. Los candidatos a santos ya no huelen, ni bien ni mal.

Pocos entierros acarrean un protocolo tan estricto como el de los señores papas (estos detalles los encontrarán en otro episodio de esta colección de acontecidos), pero con Pío XII las cosas se complicaron sobremanera porque el mismo médico que la pifió con el embalsamamiento y provocó la explosión papal, quiso sacar tajada económica de la muerte metiéndose a reportero intrépido. El papa nazi acabó siendo víctima de los *paparazzi*. Qué cosas. Lo cierto es que con este hombre te dan ganas de creer en dios, vista

la cantidad de castigos que le cayeron encima por haber sido colega de Hitler.

Riccardo Galeazzi-Lisi, que además de ser el hombre de confianza de Pío XII, un médico lamentable y un católico sin escrúpulos, llegó a dos acuerdos con la prensa para sacar mucha pasta a cambio de un par de exclusivas. Por un lado, negoció con una agencia de noticias italiana darle la exclusiva de la muerte de Pío XII antes de que la anunciara oficialmente el cardenal camerlengo. El plan era que, en cuanto el papa cascara, el médico abriría una ventana concreta del palacio de Castel Gandolfo, y que esa sería la señal. Pero salió mal, porque en aquellos primeros días de octubre de 1958 hacía mucho calor a orillas del lago Albano, donde está el palacio, y alguien decidió abrir las ventanas para que corriera el aire. La agencia confundió la señal, lanzó la exclusiva, y los medios del mundo mataron con sus titulares a Pío XII antes de tiempo.

Pero lo más gordo se descubrió poco después, cuando el semanario francés *Paris Match* publicó imágenes de Pío XII en la cama, algunas cuando agonizaba y otras una vez muerto. El canalla del médico se había puesto las botas haciendo fotos y luego vendiéndoselas a la revista.

Así que, si para algo sirvió todo lo mal que lo hizo el médico de Pío XII con lo de las fotos y el embalsamamiento, fue para que los siguientes papas tomaran nota de lo que iban a impedir que ocurriera.

Juan Pablo II prohibió tomar imágenes salvo para la documentación interna del Vaticano, y Juan XXIII dispuso que ningún embalsamador creativo se le acercara. El propio Roncalli apalabró cómo debía ser la preservación de su cuerpo con el médico forense Gennaro Goglia, que hizo un trabajo de embalsamamiento de lo más fino cuando llegó el momento. Tan exquisito, que cuando

Juan XXIII fue exhumado treinta y ocho años después de su muerte, en 2001, para trasladarlo a una capilla de la basílica de San Pedro, la noticia de su supuesto cuerpo incorrupto dio la vuelta al mundo adornada con las fantasías de unos cuantos obispos y cardenales que por lo bajini decían: «¡Milagro! ¡Milagro!».

Qué milagro ni qué leches, dijo el forense Gennaro Goglia, que ya andaba casi en los noventa años. «Yo embalsamé a Juan XXIII». Se trataba de ciencia, no de superchería. El doctor Goglia hizo un trabajo tan estupendo, que aseguró que lo podrían mantener expuesto cien años a la vista de todos porque seguirá siendo el papa con mejor cutis de toda la historia de la multinacional. Y cierto, ahí está Juan XXIII, expuesto y con la apariencia del plástico fino.

## 2

### Cayo Julio, el pértur

Es el 24 de enero del año 41, y Roma está en plena celebración de los Juegos Palatinos. En un pasadizo que conduce del Circo Máximo al palacio, dos miembros de la guardia pretoriana del emperador Cayo Julio esperan que su jefe abandone el palco para arrearle a traición treinta puñaladas traperas. En realidad, fueron treinta espadazos, pero da lo mismo porque duelen igual.

Había tanta gente con ganas de asesinar al emperador Cayo Julio, que casi había que coger número, como en la charcutería, porque a todo el mundo le hizo alguna. Pero fueron sus dos pretorianos, Casio Querea y Cornelio Sabino, los que al final dijeron, venga, ya lo matamos nosotros que lo tenemos más fácil porque somos, precisamente, los encargados de proteger a Cayo Julio.

Lo mismo al lector no les suena de nada el emperador Cayo Julio, aunque sea uno de los más famosos, si no el que más. No le gustaba nada que lo llamaran Calígula, y si a él no le gustaba, no voy a venir yo a incordiar, con el respeto que me merecen reyes y emperadores. Pero también les digo una cosa, mucho tardaron en cargárselo.

Hacer sangre con Calígula es muy fácil porque lo hizo todo mal y, efectivamente, tenía las actitudes de un perturbado. A los senadores los hacía correr detrás de su litera, obligó a los más ricos a que lo incluyeran en sus herencias y no había forma de dar un paso por Roma sin toparse con una estatua en su honor. Hay que ver la que lio en sus veintiocho años de vida y en solo cuatro de reinado... Lo que tuvo que enredar este jovencuelo en solo cuatro años como emperador, para que, veinte siglos después, siga siendo una de las tres *celebrities* del Imperio romano.

Durante su reinado, entre el año 37 y el 41, tuvo tiempo de casarse cuatro veces, sacar a los romanos de sus casillas y vaciar la hucha de Roma. Hasta se inventó una guerra contra germanos y británicos porque a él se le puso en su corona rubia que le montaran una marcha triunfal para recibir una *ovatio*, una ovación: como ni había ganado nada ni se había pegado con nadie como para merecer la *ovatio*, se inventó una batalla que nunca existió.

A Calígula le tenemos mucha manía porque eso es lo que nos han transmitido los historiadores, que a su vez se nutrían de las crónicas —quizás deformadas— y los datos —algunos exagerados— facilitados por sus enemigos. Si a esto se añade que, efectivamente, Calígula era un caprichoso malvado, un tirano... que era mala persona, excéntrico a más no poder y que todo esto junto le ha venido de perlas al cine y a la literatura, pues ya tenemos al emperador loco perfecto, que es con lo que nos quedamos la masa, aunque no nos pase solo con Calígula.

Si haces una peli con el emperador Cómodo, te sale una de gladiadores; si haces una con Nerón, acaba ardiendo Roma, aunque no la quemara él; si la haces con Julio César, acaba todo perdido de sangre, y si la haces con Calígula, siempre sale una peli porno. Es decir, nos hemos quedado con cuatro datos de Calígula que destacan su anomalía moral, su crueldad, sus vicios sexuales y sus excentricidades... que si lo de su caballo, que si el incesto, que si asesinaba al tuntún...

Pero ¿qué provocó aquella borrachera de poder que ha hecho que lo veamos como el emperador más delirante? Calígula no se llamaba Calígula. Se llamaba Cayo Julio César Germánico. Lo de Calígula era un apodo cariñoso que ya de mayor no le pegaba nada. Y él lo sabía, por eso no le gustaba que lo llamaran así. Se lo pusieron cuando era pequeñito, porque se crio en los campamentos romanos donde mandaba su padre, Germánico. Y Germánico era un general muy admirado, muy querido, lo que provocó que su niño también lo fuera. Los soldados peloteaban al niño, que era muy gracioso, porque así de paso peloteaban al padre. Lo mimaban mucho y lo tenían como una especie de mascota que, además, les traía suerte. Pues se iban a enterar de la suerte que tuvieron...

Al crío lo disfrazaba su madre de legionario, y así se movía entre las tropas. ¿Y cómo se llamaba el calzado reglamentario de los legionarios? Cáliga. Y Calígula es diminutivo de cáliga. Calígula es botitas, sandalita, zapatitos; algo así. Claro, cuando eres emperador, ya no te pega llamarte botitas. Sería como llamar a Felipe VI rubito. «El rubito ha inaugurado hoy el año judicial en el Tribunal Supremo». Pues no.

Calígula, botitas, recibió mimos, veía todos sus caprichos cumplidos, participaba en los desfiles triunfales de su padre, recibía junto a él las aclamaciones y los aplausos. Siendo un crío ya había catado el

éxito, y esto contribuyó a que se volviera un pedazo de ególatra. Pero su padre murió, parece que envenenado, y las sospechas recayeron sobre el emperador Tiberio, otro gamberro sexual, según las lenguas viperinas. Pero no se sabe, nunca se confirmó que Tiberio ordenara el asesinato de Germánico. Unos dicen que sí y otros que no.

El caso es que Calígula, con solo siete añitos, se llevó un palo. Nunca olvidó la visión del cadáver de su padre, ni las aclamaciones que después de muerto continuó recibiendo Germánico cuando sus cenizas llegaron a Roma. A partir de aquí, a su necesidad ya adquirida de seguir engordando su ego, se unió el odio y la rabia por el asesinato de su padre.

Calígula pasó de una vida feliz y de sentirse adorado, siempre rodeado de parientes y pelotas, a quedarse más solo que un mojón. Vio cómo su madre y sus dos hermanos mayores acabaron cautivos y en el exilio. Uno de ellos fue obligado a suicidarse, y el otro hermano y la madre murieron de hambre, encerrados.

Calígula quedó bajo el cuidado del emperador Tiberio, viviendo con él en la isla de Capri, convertida, si seguimos haciendo caso de las malas lenguas, en un antro de vicio y perversión donde se corría unas juergas antológicas porque, según Suetonio, Tiberio era un «pervertido, bebedor, pedófilo y torturador». ¿Era cierto? Pues vaya usted a saber; como para fiarse de la lengua suelta del tal Suetonio, que tenía más peligro que un *influencer* en un restaurante.

Si Calígula vio cómo su abuelo adoptivo —que eso era el emperador Tiberio, su abuelo adoptivo— se pegaba esas pasadas sexuales y esos botellones en Capri, mientras había dejado en Roma a un prefecto que gobernaba en su lugar y que se iba cargando a todos los que le estorbaban, pues ¿cómo creció esa criatura? Pues malamente. Era carne de psicólogo. Además, visto cómo habían acabado sus hermanos y su madre, Calígula se convirtió en un pelota redomado con Ti-

berio, porque, lógicamente, quería salvar su pellejo. Se volvió tan servil, tan arrastrado, tan perro fiel del emperador, que acabó nombrado sucesor. Pero lo odiaba, y sabía que era responsable de la muerte de su familia.

No obstante, Tiberio nombró herederos conjuntos al trono imperial a su nieto adoptivo Calígula y a su nieto biológico Gemelo. Si el que al final llegó a emperador fue Calígula, pónganse en lo peor. Efectivamente, se cargó a Gemelo, que además era su primo. Qué familia... llevaban el mismo mal rollo que los borbones.

El día de su proclamación, Calígula volvió a paladear aquel éxito del que disfrutó junto a su padre Germánico en los desfiles triunfales. Roma lo aclamó como hacía tiempo no vitoreaba a otro; parecía la Macarena por Roma. Lo recibían como el salvador del imperio después del depravado Tiberio, y el ejército lo exaltó igualmente porque ese nuevo emperador se había criado en los campamentos.

Calígula tenía todas las papeletas para ser querido y todos los apoyos necesarios para empezar con buen pie. Y lo hizo al estilo populista: cañas para todos, impuestos para nadie, terracitas y toros. Y mientras los panolis estaban entretenidos, les cerró los centros de salud y empezaron a pagar cara la fiesta.

Si esto lo traducimos del madrileño al romano, resulta que Calígula, para afianzar el cariño desbordante hacia él, les dio a los pretorianos una paga extra equivalente a un año de salario; repartió también entre todo el pueblo de Roma cuarenta y cinco millones de sestercios, y regalos, y alimentos, y dio una amnistía, ¡¡libertaaad!!, dejó que volvieran los exiliados, montó banquetes para senadores, juegos para la plebe y botellones para los soldados. Y cuando todos estaban convencidos de que era un gran tipo, comenzó a repartir leña.

Podemos repetir una frase de Suetonio, el de antes, el que escribió la vida de los césares, que dijo «Hasta aquí he narrado su vida

como príncipe, ahora narraré lo que aún queda de ella como monstruo». Calígula cayó enfermo seis meses después de su proclamación y estuvo a punto de morir (esta fue una gran oportunidad perdida del destino), y cuando se curó ya era otro. No es que se volviera perturbado perdido a partir de aquí, porque la cabeza ya la tenía perjudicada desde hacía tiempo, pero sí se puede decir que dejó de disimular, o que se aburrió de ir por la vida de emperador guay.

La falta de dinero fue otro problema. Porque este hombre era un manirroto, tanto repartir pagas extras e invitar a cañas y a circo provocó la ruina de Roma. Dilapidó todo el dinero, porque actuó como un niño malcriado y vengativo que tenía una hucha repleta para gastársela en lo que le saliera del bolo. Calígula se bañaba en perfume y comía perlas disueltas en vinagre. Si no lo hubieran matado, se habría muerto de perlas en el riñón. En fin, es tal la lista del despilfarro que se haría cansina.

Acabó haciendo lo mismo que hacen los que empiezan diciendo que no hay que pagar impuestos: friendo a impuestos a los romanos. Los mismos idiotas romanos que se creyeron que el dinero para los servicios públicos lo pintan, ahora tenían que pagar la fiesta. Les hizo pagar por lo que él despilfarró. Llegó el momento en que, como ya no sabía de dónde sacar dinero, se le ocurrió una genial idea: obligó a que le incluyeran en los testamentos de muchos romanos, como si fuera de la familia. Cuando cascaba el testador, recibía la pasta.

Cuando su popularidad de populista se empezó a ir por la letrina, comenzó a echar de menos los aplausos, las aclamaciones, los vítores... quería revivir aquellos desfiles triunfales de los que disfrutó con su padre cuando era niño, cuando volvían de sus exitosas campañas por el imperio. Lo malo es que Calígula no tenía en su haber una gran gesta para volver a Roma en mitad de una marcha triunfal,



porque para recibir una *ovatio* tenía que decretarlo el Senado. Y dijo él, pues nada, me voy a organizar una guerra contra los germanos, voy a hacer como que gano y me monto un desfile. Así que se fue al otro lado del Rin y simuló una guerrita, porque no había enemigo con el que pegarse puesto que los germanos ya estaban más que conquistados y sometidos. Luego se fue a Britania, hizo como que invadía, pero sin invadir, y volvió a Roma. Le dijo al Senado, ya me estáis decretando una *ovatio*, y tuvo su marcha triunfal sin haber triunfado en ninguna parte.

Ahora bien, por mucho que dejara un horrible recuerdo, por muy perturbado que estuviera, por mucho que intentaran borrar su memoria o destruir sus templos y estatuas, por mucho que pasara a ser «ese emperador del que usted me habla», dio igual. La figura de Calígula ha sobrepasado los siglos y no hay quien lo borre de nuestro imaginario como uno de los más célebres emperadores romanos. Le pasa como a Bárcenas, al chanchullero del Partido Popular, que nadie lo nombra en su partido, pero es más conocido que la Chelito.

Ya nos han advertido los historiadores de que con Calígula funciona eso de «cría fama y échate a dormir». Que le cargaron muertos de más, que le añadieron locuras, porque cuando has cometido cien, igual da que te endosen veinte más. También nos hemos creído que nombró a su caballo cónsul cuando en realidad esto nunca ocurrió. Así que, si les sale en el Trivial la pregunta de «¿Quién fue el emperador que nombró cónsul a su caballo?» y les obligan a responder «Calígula», impugnen, sobre todo si la pregunta es para conseguir el quesito amarillo, porque nunca lo nombró. Incitatus, el caballo, nunca fue nombrado ni cónsul ni senador, pero vivía como el marajá de Kapurthala, es cierto. En su propia mansión, con caballerizas de mármol, un pesebre de marfil y esclavos a su servicio.

Varios investigadores, incluida la grandérrima Mary Beard, nos dicen que Calígula era un cínico con pintas, y que es más que probable que sus humillantes bromas hacia sus senadores, a los que despreciaba con todas sus ganas, incluyeran alguna del tipo: «Mi caballo Incitatus es más listo que todos vosotros juntos. Lo voy a nombrar cónsul, que seguro que lo hace mejor».

No sé si se acuerdan de aquel personaje chanflón, maleducado, grosero y delincuente que era Jesús Gil. Decía que su caballo Imperioso era más listo que todos los periodistas juntos. Lo mismo, más o menos, que hacía Calígula. La diferencia está en que, con el emperador, a los senadores no les quedaba otra que aguantar si querían salvar el pescuezo, pero a Jesús Gil lo podías dejar plantado y llamarlo impresentable en su cara. Algunos periodistas, tanto plumillas como gráficos, que no éramos de deportes, lo dejábamos plantado, solo, dando una rueda de prensa a nadie sobre un infame programa de televisión en aquella chabacana Tele 5 de las Mama Chicho. Pero esto suena viejuno porque ocurría en el siglo pasado, cuando los redactores soltábamos el boli y los fotógrafos dejaban sus cámaras en el suelo si algún impresentable convocaba a la prensa sin admitir preguntas o pretendía contestar a través de un plasma o esparcir mentiras y odio. Qué tiempos.

### 3

## Doble llave al sepulcro del Cid

21 de julio de 1921. Interior de la catedral de Burgos. Una multitud emocionada tras escuchar a varios oradores de «soberana elocuencia» entre los que se encontraban el rey Alfonso XIII y su heredero,

oyó en mitad de un impresionante silencio caer la losa sobre la tumba del Cid. Fue un ruido grave y profundo que retumbó en lo alto de la bóveda, como una salva de honor que España hacía a las glorias de diez siglos.

Lo anterior no es estrictamente mío; es una adaptación de las crónicas que describieron el acto cumbre de la celebración del séptimo centenario de la catedral de Burgos. Y ese acto cumbre fue el entierro de lo que fuera que enterraran diciendo que eran los restos del Cid y de su señora doña Jimena.

El arzobispo de la ciudad, un tipo más listo que el hambre que se llamaba Juan Benloch, pensó... cómo organizo yo unos actos por los setecientos años de la catedral de Burgos para que esto trascienda más allá de la archidiócesis, del cabildo, del Ayuntamiento y de la Diputación. Cómo vinculo el séptimo centenario de la catedral a la nación entera; a España, a la patria. Pues ya está, dijo él, voy a glorificar las celebraciones uniéndolas al machote español por excelencia, al Cid. Voy a enterrarlo bajo el cimborrio. Solo tengo que pedir al consistorio de Burgos que me entreguen los huesos que guardan en el Ayuntamiento (que vete tú a saber de quién son, pero que da igual porque aquí se trata de que se lo crean los fans) y organizo un monumental sarao para que dentro de cien años escriban de mí y de mi genial idea.

Y así fue como el Cid, el devoto cristiano, el fiel vasallo, un caudillo del copón y un guerrero *magnificus* quedó unido a la catedral, a la religión, a la Corona, a Castilla, a España, a Burgos... El mito se reforzó, se revitalizó para que luego el canalla de Franco lo usara durante la dictadura como imagen de su propaganda del espíritu nacional. Y parte de esa *performance* patriótica fue la inauguración en el centro de Burgos, en los años cincuenta, de un monumento del Cid a caballo, espada en mano y con unas barbas más largas y con más

movimiento que el pelo Pantene; que más que un guerrero castellano parece un superhéroe de Marvel con capa.

Y para comprobar cómo calan los mitos en mentes frágiles, otro ejemplo: a finales de los años ochenta, el entonces presidente de Castilla y León, José María Aznar, cuando *El País Semanal* le propuso que eligiera disfrazarse de alguien o algo que le apasionara para participar en un gran reportaje con otros personajes, eligió vestirse de algo parecido al Cid Campeador. Madre mía, qué fanteche. El que eligió el disfraz lo hizo a mala leche, seguro, pero Aznar estuvo muy tonto para dejarse. Todavía hoy hay quien se cree que la foto es un meme, pero no; es Aznar, voluntaria y ridículamente disfrazado del Cid, con casco y agarrando una espada. Y con bigote. Quizás el bigote fue lo peor.

En los inicios del siglo xx, los rancios del relato oficial se esmeraron en revitalizar al Cid, personaje del que se tienen cuatro datos, extrayendo el grueso del cuento de un cantar de gesta. Así se dio forma a un personaje novelesco al que, muy hábilmente, hicieron pasar luego por histórico y lo utilizaron como propaganda política. Y Aznar es uno de los que se comió el mito.

No fue casualidad esta apuesta propagandística nacional y religiosa por el Cid, cuyo impulso definitivo se produjo en aquellos actos del séptimo centenario de la catedral de Burgos. Y no fue casualidad porque, unos años antes, el intelectual progresista Joaquín Costa se atrevió a pedir en voz alta: «Doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar». Bueno, bueno, buenoooooooo... cómo se pusieron; como si les hubieran mentado a la madre.

Evidentemente, Joaquín Costa estaba utilizando al Cid como símbolo de la España de la naftalina. Este aragonés de poblada barba y permanente cara de cabreo, principal pluma del movimiento regeneracionista, estaba diciendo: ¡basta ya de mitos patrios, de nacio-

nalismos añejos, de gestas medievales y cuentos chinos! Dejen de sacar de paseo al Cid, porque no existió el hombre que propagan, porque no es el héroe que venden. Déjenlo en la tumba y ciérrerlo con doble llave para que él no vuelva a cabalgar y los españoles progresen; que dejen de mirar con admiración y nostalgia a un héroe de hace mil años que no existió tal y como os han hecho creer.

Eso de «doble llave al sepulcro del Cid» tenía su contexto. Lo dijo Joaquín Costa durante una conferencia en noviembre de 1898 en la que animaba a la reconstitución y europeización de España. Y es que a finales del siglo XIX se consumó el desastre. El imperio se había ido al garete, se habían perdido las últimas colonias, el país era beato, analfabeto e inculto, cuajado de caciques y curas. Europa estaba ahí mismo, pero nos sentíamos tan lejos de ella que hubiera dado igual que estuviera en la Conchinchina.

De eso iba el movimiento ideológico que se llamó regeneracionismo a finales del XIX y principios del XX; de pararse a pensar e intentar solucionar los problemas. España había tocado fondo y había que ser conscientes de ello para poner remedio a la decadencia. Mitos como el del Cid solo eran un estorbo para el avance porque no podía ser que se mirara con nostalgia las supuestas heroicidades de un tipo de hacía mil años. No quieran saber cómo se pusieron los constructores del relato histórico oficial. Tocaron a rebato. Así que, conozcamos a este hombre sin quitarle ni pizca de mérito, pero despojándolo de todas las fantasmadas con las que lo disfrazaron para armar el famoso *Cantar de Mío Cid*, que no es otra cosa que una ficción literaria y la construcción de un mito.

Nació en torno al año 1048, pero no se sabe exactamente cuándo y mucho menos dónde. Hay un pueblo en Burgos que se llama Vivar del Cid para que parezca que nació allí. Y a él lo conocemos como Rodrigo Díaz de Vivar, por lo mismo, para que lo asocie-

mos a ese lugar de nacimiento. Pero no hay nada que diga que eso es cierto. Es en el cantar donde se afirma que nació en Vivar. Ya está. Pero el Rodrigo auténtico lo mismo pudo haber nacido en Cabezón de la Sierra.

Rodrigo Díaz era un líder nato, un gran estratega y un hábil caudillo militar que se ponía al servicio del que mejor pagara. Dados los poquísimos datos ciertos que se tienen de él, lo que los expertos creen es que gran parte de sus huestes estaban compuestas por bandidos sin patria que no seguían ninguna bandera y que se ponían al servicio de tal rey o de tal señor dependiendo de lo que pagaran. O sea, una mezcla de bandidos y mercenarios. Podían ser castellanos, andalusíes, cristianos o musulmanes. Daba igual. Iban a lo suyo.

También es necesario visualizar cómo estaba por aquel entonces, año mil y poco, la península ibérica. No piensen en España. España no existía, Portugal no existía. Lisboa, por ejemplo, pertenecía a la taifa de Badajoz. Una taifa, para entendernos, era un reino musulmán. Así que tenemos que casi tres cuartas partes de la península por abajo y por la derecha era un mosaico de taifas musulmanas: taifa de Zaragoza, taifa de Albarracín, taifa de Lérida, taifa de Almería, taifa de Badajoz... , taifas, taifas, taifas. Y poco más de un cuarto de la península por la parte de arriba eran reinos cristianos: reino de León, condado de Castilla, Navarra, Aragón, condado de Barcelona... Así que, «No-España». Un follón de reinos que lo flipas por arriba y por abajo. «No-España». No-había-España.

Lo que sí había era que buscarse la vida en aquellos tiempos convulsos de conquistas y guerras. Rodrigo Díaz, en vez de poner una panadería en su pueblo, el que fuera, se echó a guerrear al campo. Y empezó su carrera de caballero en un momento en el que el reino de León estaba a broncas con los castellanos y con los navarros,

que a la vez estaban a broncas con los reyes de las taifas musulmanas. A ver si van a creer que los reyes cristianos no estaban aliados con los reyes musulmanes dependiendo de los intereses y de la pasta que hubiera de por medio.

La religión era un mojón de excusa porque señores y reyes de uno y otro lado andaban constantemente firmando acuerdos, alianzas y tratados que rompían con mucha soltura cuando tocara hacerlo para cambiar de aliado. Esto mismo hacía el Cid, porque era su curro. Trabajar para el que mejor pagara, fuera cristiano, musulmán o budista.

Rodrigo Díaz comenzó sus aventuras guerreras con quince o dieciséis años al servicio del infante leonés Sancho, el futuro rey Sancho II de Castilla, cuando nombró a Rodrigo su armígero. Los armígeros eran unos tipos pagados por los reyes para que se encargaran de custodiar sus propiedades, de vigilar las fronteras para que no entraran malhechores, ni tropas del reino de al lado. Hombres de confianza. En estas compañías de armígeros había bandidos, tipos que huían de la justicia de otros reinos y otros hombres a los que, simplemente, les iba el rollo militar. Rodrigo era de estos, de los que les iba estar al servicio de un señor. Como se hizo muy colega del infante, cuando Sancho tuvo que ir en misión diplomática a la taifa de Zaragoza para encontrarse con el príncipe zaragozano Muqtadir, aliado de su padre el rey, se llevó con él a Rodrigo. Entonces era un pipiolo adolescente, que cuando vio aquella ciudad llena de vida, sus mezquitas, el estilismo de los zaragozanos, el impresionante alcázar, la decoración de los palacios... alucinó por un tubo.

Aquel viaje al reino musulmán de Zaragoza como escudero del infante Sancho le sirvió a Rodrigo para conocer de qué iba el rollo de la política entre cristianos y musulmanes, y cómo eran las alianzas del rey castellano y leonés con los príncipes de las taifas. Eso sig-

nificaba que los reyes estaban comprometidos a ayudarse en caso de ataque de un tercero. Daba igual si el que atacaba era un reino musulmán o cristiano. Había que defender a tu aliado de quien fuera. Es más, en aquel viaje a la taifa de Zaragoza de Rodrigo y el infante Sancho, se concretó un acuerdo por el que se organizó un ejército mixto cristiano-musulmán para enfrentarse al rey aragonés Ramiro I y quitarle la plaza de Graus para reintegrarla a la taifa de Zaragoza.

El ejército mixto ganó, y hasta se cargaron al rey aragonés en la batalla. A la porra Ramiro. Los festejos vividos en Zaragoza por aquel triunfo y los agasajos a la delegación cristiana leonesa en el alcázar por ayudar a derrotar a los cristianos aragoneses dejaron huella en el joven Rodrigo. Aquello le resultó excitante. La lucha en el campo de batalla, la victoria, la celebración... porque eso le molaba.

Ya saben que ese relato farsante de la Reconquista cristiana en nombre de la fe para echar a los infieles musulmanes es más falso que un euro de madera. Eso de la Reconquista es un concepto fabricado en el siglo XIX y metido a capón por la Real Academia en el diccionario en 1939 para encastrarnos el término entre ceja y ceja. No existió tal Reconquista. Existió una conquista de tierras, una lucha encarnizada entre reinos por hacerse con el poder, los territorios y los recursos. Y si los reinos cristianos tenían que atacar a otro reino cristiano para ayudar a tal o cual taifa musulmana, lo hacían, porque luego los musulmanes se pegaban contra los musulmanes para defender a sus aliados cristianos.

A Sancho, cuando cascó su padre, le tocó en el reparto la parcela del condado castellano y pasó a ser Sancho II, rey de Castilla. Por supuesto, a su lado continuó su fiel servidor Rodrigo Díaz, que ya se había ganado el apodo de *campidoctor*, Campeador, porque el tío era un hacha en el campo de batalla. Por eso llega a lo más alto de



la corte, a jefazo de los ejércitos. Pero su colega Sancho, el rey, duró en el cargo más bien poco, se lo cargaron, y Rodrigo pasó a las órdenes del nuevo rey de León y Castilla, Alfonso VI. (Unas líneas más adelante quedará explicado el follón que hubo entre los hermanos).

Diez años estuvo Rodrigo al servicio de Alfonso VI, pero harto de no verse lo suficientemente reconocido y de que no lo ascendiera, y dado que ya estaba muy bregado en la batalla, que conocía el territorio, que era un líder para sus hombres, que sabía cómo y por donde combatir tanto a cristianos como a musulmanes, se planteó hacer algún trabajillo por su cuenta. Pensó en hacerse autónomo, lo habló con sus chicos y dijo, qué... ¿os venís conmigo?

Pasaron a la taifa de Toledo, saquearon aquí y allí, ganaron todas las escaramuzas porque sabían cómo combatir, asaltaron fortalezas y volvieron a Castilla a repartirse el botín. Ahí tienen al héroe español Rodrigo Díaz, el Cid Campeador. Un bandido. Pero claro, a Alfonso VI lo dejó con el culo al aire ante el príncipe al-Qadir de la taifa de Toledo, con quien el rey mantenía buenas relaciones personales y políticas. ¿Qué hizo Alfonso VI? Desterrar al vasallo Rodrigo Díaz por gamberro. Y ahora sí que sí. El Campeador se hizo autónomo del todo.

Rodrigo y sus hombres campearon a su bola, pillando botín, rescatando rehenes por encargo, haciendo del cobrador del frac con los morosos y recaudando los tributos para tal o cual señor. Ofreció sus servicios a quien pagara bien, fuera musulmán o cristiano, y al final se quedó trabajando para Muqtadir, rey de la taifa de Zaragoza.

Rodrigo Díaz iba de triunfo en triunfo a las órdenes de Muqtadir: ganó a los musulmanes de las taifas de Tortosa, Lérida y Denia, y venció a los cristianos de Aragón y Barcelona. Lo mismo le daba ocho que ochocientos; luchaba contra quien fuera al servicio de quien mejor pagara.

Pero... éramos pocos y parió la abuela. Verán. Había poco lío de reinos en la península y poca bronca entre unos y otros, cuando en el año 1086 irrumpieron unos visitantes con malas pulgas, los almorávides. Con estos no valían acuerdos, ni alianzas ni pactos de amistad ni leches, porque venían a por todas.

El rey Alfonso VI, visto que los almorávides le estaban ganando terreno y necesitaba todos los efectivos a su servicio, volvió a contratar a Rodrigo. Le encargó que se fuera a la parte de Valencia y la pusiera a nombre del reino castellano y leonés. Y allá que se fue el Cid. Nuevo triunfo. Mantuvo a todo el mundo a raya y allí se quedó controlando un territorio y unos tributos que le engordaron su particular cuenta corriente. Pero Alfonso VI volvió a ordenar a Rodrigo y a sus hombres que ahora fueran a defender la zona de Murcia, porque los almorávides se estaban poniendo muy pesados. Pero ahí el Cid dijo, pues va a ser que no. Paso. Alfonso VI se mosqueó y lo desterró otra vez. Y el Cid dijo, pues me da igual, porque voy a llegar a acuerdos con los musulmanes y voy a poner todo este territorio a mi nombre. Aquí el *boss* voy a ser yo. Y así lo hizo. Se apropió de la zona levantina y se autoproclamó soberano absoluto. Señor de Valencia.

Y así hasta que se murió, de lo que fuera, en el año 1099. Lo enterraron en la catedral de Valencia, de donde lo sacaron dos años después porque los almorávides se quedaron con el territorio, y a partir de entonces, los restos iniciaron un periplo y un reparto mundial entre absurdo y cómico. Cuando vayan a la catedral de Burgos y alguien les diga que ahí, debajo del cimborrio, están enterrados el Cid y doña Jimena, díganle que sí, que vale, que a otro perro con ese hueso.

Este señor no era el héroe español y máximo representante del espíritu patrio que se han inventado. Era simplemente un líder gue-

rrero, hombre de su época, que iba a lo suyo; un mercenario dispuesto a servir al mejor postor y poniendo sus propios intereses y el dinero por delante de reyes y religión. Ese es Rodrigo Díaz, el Cid, despojado de fantasías, mentiras, cantares y leyendas.

No debemos sentirnos mal por sabernos engañados. No es culpa nuestra. Era el plan. Las mentiras de la historia están planeadas para que nos las comamos y así manejarnos en el terreno que les interesa. Pero siempre se está a tiempo de conocer la verdad. Doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar, porque cabalga sobre una gran mentira. Y hablando de cabalgar, su caballo tampoco se llamaba Babieca. Eso se lo inventaron después.

Otro de los famosos inventos en torno a la figura del Cid es la famosa Jura de Santa Gadea. Y ahora viene la explicación anunciada: Rodrigo Díaz entró como escudero al servicio del infante Sancho, que acabó siendo Sancho II el Fuerte, rey de Castilla (porque le tocó en herencia), rey de Galicia (porque se la birló a su hermano García), y rey de León (porque se lo quitó a su hermano Alfonso). Queda claro que el tal Sancho era un ambicioso del copón y lo quiso todo para él y en contra del reparto que hizo el padre. Como este hombre no iba por la vida haciendo amigos, todo el mundo le tenía ganas, empezando por su propia familia, con lo cual le duró el reinado nada y menos. Se lo cargaron en Zamora. Las sospechas del asesinato recayeron sobre su hermano Alfonso, al que le había birlado el trono de León. Y encima, tras la muerte de Sancho, este pollo lo heredó todo y pasó a ser Alfonso VI de Castilla, de Galicia y de León.

Rodrigo Díaz, como era no solo mano derecha del rey Sancho, sino también colega, se agarró un cabreo del siete cuando mataron a su señor, sobre todo, porque perdía estatus y poder. Y entonces pasó lo siguiente. Mejor dicho, no pasó lo siguiente. El Cid Campeador obligó al rey Alfonso VI a jurar en la iglesia de Santa Gadea, en

Burgos, que no estaba implicado en el asesinato de su hermano. Y fue el poderoso rey, aceptó las exigencias del tal Rodrigo y lo juró todo, todo y todo. ¡Venga ya!

Suma y sigue. ¿Cómo nos han contado que se llamaban las espadas del Cid? Colada y Tizona (o Tizón). Esas espadas se las regaló Rodrigo Díaz a los infantes de Carrión cuando se casaron con sus hijas doña Elvira y doña Sol, que luego fueron ultrajadas por sus maridos canallas, quienes después de azotarlas las dejaron tiradas, maniatadas y en pelotas.

Pues todo mentira. Si el Cid les puso nombre a sus espadas, no se sabe, pero desde luego ni se llamaban Colada y Tizona ni se las regaló a sus yernos los infantes de Carrión, porque estos yernos no existieron; ni las hijas se llamaron doña Elvira y doña Sol. Se llamaban Cristina y María, y se casaron, una, con el infante navarro Ramiro Sánchez, y la otra con Ramón Berenguer III, conde de Barcelona.

Lo que tiene mucho delito es que, pese a que todo historiador serio sabe que lo de las espadas es mentira, la Junta de Castilla y León, durante la presidencia de Juan Vicente Herrera, del Partido Popular —cómo no— compró en 2007 por 1,6 millones de euros la espada que alguien les coló como la Tizona del Cid. Fueron el hazmerreír de todos los expertos. A todo el mundo se le ha olvidado, y a la mayoría de los castellanos y leoneses les debe de dar igual que tiren su dinero de esta manera, pero fueron un millón seiscientos mil euros invertidos en comprar una espada de mentira. Antigua, vale, pero que ni de coña tiene ese valor ni mucho menos perteneció al Cid porque es del siglo xv o xvi. Pero la Junta de Castilla y León se comió el bulo, y para su propaganda patrioterica nacional le venía de perlas decir que tenía la espada del Cid. La pena es que con ella engañan a quien pase a verla.

Si alguien cree tener el orinal de Isabel la Católica, que vaya a la Junta de Castilla y León, que seguro que se lo compran por una millonada.

Y para ir rematando a este hombre tan peliculero, lo que viene a continuación no entra en el capítulo de las mentiras, porque está históricamente documentado, pero sí forma parte de esa fábula que dice que Rodrigo Díaz era un vasallo cristiano y un héroe conquistador contra el hereje musulmán. Me parto.

Cuando el Cid bajó a la taifa de Sevilla como embajador de Alfonso VI para renovar los acuerdos de paz y para cobrarle los impuestos correspondientes al señor Al-Mutamid por asegurarle la defensa ante cualquier ataque de quien fuera, también bajó exactamente a lo mismo, pero a la taifa de Granada, otro embajador del rey Alfonso VI, García Ordóñez, para cobrar al granadino Abd Allah ibn Buluggin una pasta gansa. Y ya hemos quedado en que, si los reyes musulmanes pagaban, había que defenderlos frente a quien fuera o atacar a quien correspondiera.

Pues resulta que estando en la taifa de Granada, su rey musulmán le dijo a García Ordóñez... oye, que quiero atacar a mi colega de la taifa de Sevilla para quedarme con su parcela. Me tienes que ayudar. Y dijo Ordóñez... venga. Pero claro, también el rey de la taifa de Sevilla había pagado para ser defendido, y allí estaba el Cid Campeador para semejante menester. Como encima Rodrigo Díaz le tenía ganas a García Ordóñez porque había recibido más cargos y más prebendas del rey Alfonso VI, estuvo encantado de pegarse con su colega. Y ahí los tienen, dos supuestos cristianos, los dos enviados por el rey de Castilla y León Alfonso VI, ayudando a dos príncipes musulmanes distintos y a hostias en el campo de batalla. ¿Es bonito o no es bonito esto?

Los dos estaban obligados a hacerlo puesto que las dos taifas tenían el mismo acuerdo con el rey Alfonso VI. Esto tiene un nombre,

y se llama descoordinación. O desbarajuste de política exterior. Es como si Alemania hubiera firmado el mismo acuerdo para la defensa con Ucrania y Rusia, y al final acabarían pegándose los alemanes entre ellos defendiendo a Rusia y a Ucrania. Por cierto, ganó el Cid, y García Ordóñez se llevó el cabreo a la tumba.

El Cid es el símbolo del orgullo castellano, del devoto cristiano contra el hereje musulmán y del caballero leal a su rey por encima de todo. Y de eso nada. Su orgullo, su fe y su lealtad estaban donde estuviera la pasta. De héroe nada de nada. Y de español, menos. España no existía.

## 4

### El asesinato de Inés de Castro

Vámonos a la mañana del 7 de enero del año 1355, a la ciudad portuguesa de Coímbra; a un lugar por el que preguntan muchos turistas que pasan por allí, algunos para verlo y otros para alojarse: la Quinta das Lágrimas. Es un precioso palacete ahora convertido en hotel en donde fue asesinada Inés de Castro, novieta del heredero al trono de Portugal y madre de sus hijos. El dramón en torno a su asesinato está recogido en infinidad de relatos, poemas, alguna novela; y (si quien las ha contado, las ha contado bien) hasta veintinueve óperas se basan en la historia trágica, romántica y política de Inés de Castro.

Aquel 7 de enero, tres caballeros nobles, siguiendo la orden del rey de Portugal Alfonso IV se fueron a ese palacete donde vivía Inés para cargársela. Al infante Pedro le mosqueó mucho que le asesinaran a la novia, inició una guerra civil contra su padre, se fue luego a